

Juan Ramírez de Lucas



Pablo Picasso, con la capa española, recibe la llave de la ciudad de Vallauris.

PICASSO, OCHENTA AÑOS. OCHENTA PICASSOS

Tal vez más, seguramente muchos más. No ha existido en toda la historia del arte universal un caso semejante de artista distinto, diferente en cada faceta de su quehacer. Picasso, múltiple Jano, no de dos caras, sino de muchas, y como el dios romano, también deidad de las infinitas entradas y salidas.

España acostumbra producir estas cimas de soledad, estos hitos destacadísimos en medio de un paisaje desolado, pero nunca había cuajado en una individualidad una suma tan opuesta de caracteres desconcertantes como en ese viejo fauno malagueño que ha conseguido lo que Ponce de León buscó inútilmente por las tierras recién descubiertas de La Florida: el manantial de la juventud eterna.

En un mundo como este nuestro, tan a la deriva en muchas cosas, pero tan creador en otros aspectos, Pi-

casso viene a ser como uno de sus máximos símbolos, con todos los defectos y buenas cualidades que sean posibles de superponer. Desde aquellos años candorosos en la Málaga natal, en que al niño despierto no le gustaba que lo encerrasen en la escuela, sino ver cómo su padre pintaba una y otra vez las lilas y las palomas, desde aquellos años soleados con perfume de mar y limoneros hasta estos días en que todo el mundo ha celebrado los ochenta años como una fiesta propia, Picasso ha logrado más que nadie, pintado, esculpido, grabado, de las más distintas y opuestas maneras.

Sus constantes transformaciones no gustan a determinados sectores del conservadurismo, que hubiera preferido que Picasso siguiese siendo el de la "época azul" o "rosa". Pero no hay que olvidar que Picasso es y sigue siendo un andaluz de los cabales al que gusta bromear aun a costa de sí mismo. En pocas tierras como en las andaluzas se sabe tanto de lo trágico como de lo chungón que la vida encierra, y en estas dos extremas direcciones gustan de dispararse los que han tenido el privilegio de nacer "allí".

Velázquez también bromeó, a su manera. Con la diferencia que el sevillano era un "soso", un "malaje", y el malagueño un castizo. No es de extrañar que a



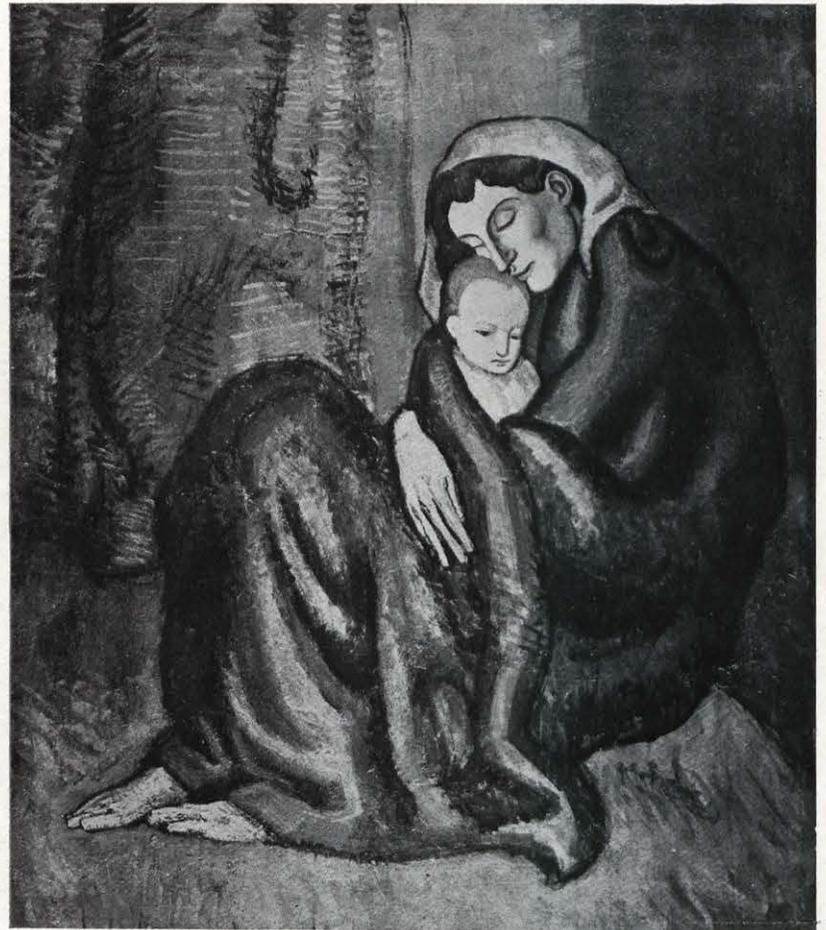
Picasso le divierte disfrazarse, embromar, pero nunca con ánimo de pasar por otro, al contrario, con la única condición de que todos sepan que detrás de la máscara está Picasso. "Para muchos el Arte no es más que una diversión al margen de la vida real. No se dan cuenta de que muerde en el mismo corazón de la vida y pone de manifiesto sus secretos no intuídos; de que constituye la confesión más directa y franca, por ser la menos premeditada." Estas juiciosas frases, que Huyghe no escribió para Picasso, podrían aplicarse a nuestro pintor mejor que para nadie, porque son reveladoras del sufrimiento que cualquier pirueta artística lleva dentro. Y del talento también.

De tanto trabajar y de tan desemejante manera, resulta que a Picasso se le puede aplicar casi todo lo que los grandes pensadores de estética de nuestro tiempo han escrito; veamos si no con estos pensamientos de Karl Jaspers: "El mundo no les propone ninguna tarea obligatoria. Deben arriesgarse a elegir sus propias misiones. No hallando respuesta o hallándola sólo equivocada y sin ningún auténtico interlocutor, dudan al fin de sí mismos. Para hallarse a sí mismo entre tanta dispersión se requiere una fuerza casi sobrehumana."

Y Picasso es de los pocos que se ha encontrado a

sí mismo en todo instante, en todo momento de creación. Gracias a esa casi diabólica receta de transmutación ha podido ir cambiando su arte en otro que no se le parecía, pero que era el mismo en el fondo. Piedra filosofal llamaron los alquimistas a la materia que convirtiéndose en otro todos los metales y fuese capaz a la vez de curar todas las enfermedades. Picasso no sólo ha encontrado esa piedra filosofal, sino que ha ido más lejos: ha provocado conscientemente enfermedades nuevas para darse luego el gusto de curarlas o sustituirlas por otras nuevas. También ha convertido en oro todo lo que ha tocado.

Prototipo de nuestra época, Picasso quedará como individualidad suma, pues, como muy bien ha dicho A. Jewel: "Entre las cualidades que han distinguido a la actitud del artista moderno figuran la rebelión, el cinismo, el humor sarcástico, la perversidad, el desencanto, la desesperación. Cualidades surgidas todas ellas en el suelo de la cultura de nuestro siglo XX. Si es cierto que hay algo terrible y a veces espantoso en el arte moderno, no lo es menos que las raíces de aquella sombría pasión extraen su sustento de zonas hondas del "alma social", al igual que las raíces de la sabiduría y la bondad y la belleza".



Una característica pintura de la "época azul" de Picasso.